

había regalado la viña de Nabot, mandándole en un plato la lengua de Elías, lo que hace es *rasgar sus vestidos*, dando así en que entender á las zurcidoras de la Real Casa; ponerse un saco sobre la carne, que no debía ser muy fina cuando tales rozamientos soportaba, y exponiéndose tontamente á criar miseria; ayunar: dormirse sobre ceniza como un puerco y *andar* humillado. Por todo lo cual, Jehová, en vez de castigarle por sucio, amen de canalla, volviéndose atrás de lo dicho, llama á Elías para explicarle que, como calzonazos y blandote de entrañas que era, había determinado dejar morir á Achab como honrado caballero en la guerra y castigar en vez de al malvado á sus inocentes hijos.

¡Bravo, Dios de los judíos, bravo!

Bien sabía Jehová por qué obraba así: pues aunque parece tonto, tenía más trastienda que una botica manchega. Achab, bien que mal, había apaleado á los Sirios por dos veces, en monte y en llano, probándoles que no era manco para la guerra de sorpresas ni para la de batallas formales. Y Jehová siempre fué muy considerado con los que sabían manejar bien la espada: en cambio á los collones los dejó siempre en la estacada, y á los desgraciados con los palos en las costillas.

Al asesinato infame de Nabot, siguieron para Achab tres años de prosperidad y paz con los sirios. Al cabo de este tiempo, creyéndose fuerte, mediante la alianza con el rey de Judá (de estos otros pajarracos jerosolimitanos hablaré muy pronto) se dispone á atacar á los invasores, que tenían en su poder la ciudad de Ramoth de Galaad, de la pertenencia israelita. Esta fortaleza de ánimo de Achab, causa, en mi concepto libre-pensador de las complacencias de Jehová, fué la determinante de la ruina de este rey.

Era usanza en todos los pueblos antiguos consultar al emprender la guerra, á la caterva de

ganapanes que en todas las naciones dieron en la flor de creerse y hacerse pasar por intérpretes de la voluntad de Dios, como si cosa tan honrada pudiese estar al alcance de mollerías tan superficiales. Achab, que tenía un batallón de estos vagos de oficio, los mandó á llamar, los consultó, y le contestaron que indefectiblemente alcanzaría la victoria. Pero el rey de Judá, que oficiaba de ortodoxo, viniendo á representar el papel de un rey católico junto á un emperador protestante de nuestros días, le reprende la consulta, y le ruega que busque alguien que profetizase en nombre de Jehová, pues las otras profecías le parecían de contrabando.

Achab responde á su colega coronado que aún queda en Israel un profeta de Jehová, pero que era un bribonazo que nunca le anunciaba más que calamidades, pero que, sin embargo, le haría venir por complacerle.

Aparece en escena Micheas, y, en efecto, aunque de una manera confusa, anuncia á Achab una catástrofe si hace la proyectada guerra, adornando la profecía con ringorrangos de estilo é invención que le valen una bofetada de cuello vuelto, que le dió otro profeta de nombre Sedechías, hijo de Chanaana, el cual se traía en la cabeza un par de cuernos de hierro de muy regular tamaño, ostentando los cuales gritaba muy ufano (ignoro si el mozo este era casado) dirigiéndose al rey: Con estos cuernos acórnearás á los sirios hasta acabarlos.

En vez de hacer caso Achab á Micheas, le pone á pan y agua en un calabozo, y en compañía del ortodoxo Josafat, de Judá, que tampoco tomó á pechos la profecía del de Jehová, suben á Ramoth, dáse una batalla, y en ella Achab, que había entrado en el combate disfrazado, es malamente herido. Sácale del campo un carretero en su carro, y en éste muere, siendo transportado en el mismo vehículo á Samaria, en cuyo es-

tanque fué el carro lavado. Y como en este estanque bebían agua los perros á su usanza, he aquí, lector, por dónde demonios viene á quedar en buen lugar Elías como profeta, aun después de arrepentido Jehová. Si no admiras esta sutileza de ingenio, lector amable, ¡qué serás tú capaz de admirar!

A Achab sucedió su hijo OZOCÍAS, con cuya estupenda noticia acabaría estos comentarios del *Primer libro de los Reyes*, si no hubiese dejado trasconejados los monarcas que en Jerusalén gobernaron la tribu de Judá, varones tan esclarecidos en vicios y maldades como sus compinches del reino de Israel ó de Samaria, que con estos dos nombres es conocido en la *Sagrada Bibli* el estadillo que, sin la chifladura humana de hacer de las leyendas judáicas una excepción sacratísima en la mitología universal, no ocuparía en la historia más que unas cuantas líneas que vendrían á decir poco más ó menos: «Fundó este reino un mozancón que buscaba unas burras, le gobernaron un par de docenas de mostrencos, y le barrieron los caldeos, llevándose para Babilonia como esclavos la manada de tontos que, cojeando entre varios dioses, dieron de bruces en las lanzas de los orientales.»

Pero como el gran trabajo consiste en acabar con las fantasmagorías, y como yo soy cabezón en mis propósitos, si *el bacilo virgula* lo consiente y otros *bacilos*, á la vergüenza he de sacar los trasconejados reyes de Judá, en tan ordenada galería como estos de Israel, de quienes tengo dicho y probado que cada uno fué aún peor que los otros.

LX

Lo que debo decir de los reyes de Judá no es gran cosa, por fortuna de los otros libros bíblicos que están esperando, y con razón, sus res-

pectivos comentarios, que los saquen del desván en que los ha metido la razón, para ponerlos en la espetera de los cachivaches bufos.

Al botarate de Roboam, después que en Sichem le hicieron un corte de mangas diez de las doce tribus, no se le ocurrió mejor medio para atraerlas á la unión, de que su mal proceder las había apartado, que romperles las costillas. Al efecto arma un ejército de *ciento ochenta mil hombres* (¡eche usted hombres, señor Espíritu Santo!); pero cuando se preparaba, no digo yo á reducir á Israel, sino á comerse el mundo en pepitoria con semejante tropa, suficiente en nuestros días para conquistarle las Indias á los ingleses, Jehová le manda á decir, por boca del profeta Semeías, el recadito siguiente:

No vayáis ni peleéis contra vuestros hermanos los hijos de Israel: volvedos e da uno á su casa; porque este negocio (la partición del reino en dos) *yo lo he hecho*. Roboam obedece en el versículo siguiente, lo cual no impide que más adelante, el mismo autor, quiero decir, el mismo infalible Espíritu Santo, escriba: Capítulos XIV y XXX: *Yhubo guerra entre Jeroboam y Roboam todos los días*. Ateme usted esa mosca por el rabo, mejor dicho, concíérteme usted este Espíritu con este Santo.

Tengo apuntado que Sisac deslomó á los judíos y les robó de añadidura; y que por espacio de los diez y siete años que los desgobernó Roboam, hubo sodomíticos en la tierra, y se le hizo en ella á Jehová cada perrería, que el pobre señor rabiaba que se las pelaba, allá en lo alto, donde ya sabemos por el sabio Salomón que vivía colgado en una especie de cesto muy grande.

A Roboam, que se murió, como es natural, sucedió su hijo ABIAM, que reinó en Jerusalén tres años, *y anduvo en todos los pecados de su padre, que éste había hecho antes de él, y no fué su corazón perfecto...*, según canta la *Bibli*; á

pesar de lo cual, y de andar todo en sus días manga por hombro, Jehová le concedió un hijo, que se llamó Asa, nombre que no debe significar lo mismo en hebreo que en castellano, pues de lo contrario, no me extrañaría topar un rey judío más adelante que se llamara Puchero I ó Cacerola II.

Este ASA fué un mediano agarradero de Jehová. De él dice la *Biblia* que *hizo lo que era recto*, y que *su corazón era perfecto*, por supuesto, delante de Jehová; porque la rectitud y perfección de este mango, digo, de este Asa, delante de mí, con arreglo al texto, resultan las siguientes:

Primero. Que á su madre Maacha (escribo las dos aes, aunque no pronuncio más que una, para que se la coma el presbiterillo rumiante que le han salido á estas NOTAS, en atención á que debe andar tan escaso de letras como de caletre) le quitó el título de princesa, porque á la buena señora le dió por tener un ídolo en un bosque, de donde deduzco que si este buen hijo llega á conocer á su abuela Raquel, la que le robó los ídolos á Laban y los ocultó debajo de una albarda, y á la vez las armas de fuego, fusila á la mujer de Jacob de los *cuatro tiritus* célebres del célebre general Hoyos, de fusilesca é isabelina memoria.

Segundo. Entregó todos los tesoros del templo de Salomón á un fiero enemigo de su patria y de su religión, Ben-adab, rey de Siria, para comprar su alianza con Baasa, rey de Israel.

Cierto que en su descargo hay que decir que limpió de sodomíticos la tierra. Mas la escoba con que los barrió no debía ser muy dura, cuando tan pronto reaparecieron; pues muerto tras cuarenta años de reinado, su hijo JOSAFAT, que á su vez reina veintiuno, se tuvo que dedicar á la misma lubricante operación. A este Josafat le hemos visto, aliado con Achab, dejando, á pesar

de su rectitud y bondad de corazón, declaradas por la *Biblia* también, abofetear á Micheas, profeta. Le sucede un hijo que se llama JORAM, que cierra el *Primer libro de los Reyes*, en la parte que corresponde á Judá.

Alto, pues.

Me echo á la cara un versículo (el XLVIII del capítulo último) que dice: *no había entonces rey en Edom, presidente había en lugar de rey.* Mira, lector, por dónde diablos averiguamos que los idumeos, allá por los tiempos del rey Achab, eran unos sabios más grandes que una casa, cuando ya habían aprendido lo que tantos españoles de nuestros días aún no han logrado entender, quiero decir, *rey y río para el vecino.* Esto no es refrán, que yo sepa; pero si la gente da en decirlo, ¿por qué no había de serlo? Verdad es muy grande, y no le pasa lo que á aquellos de *altas ó bajas, en Abril caen las Pascuas*, que necesita este otro refrán correccional: *tales ó cuales, también las hay marciales.*

Colorín, colorado, el cuento del *primer libro de los Reyes* se ha acabado. ¿Te parece, lector querido, que sin haber revelado estas historietas de una manera auténtica é indubitable el Padre Eterno, de mote Jehová, de sobrenombre Adonai y otras gerigonzas, se habrían inventado los colirios resolutivos de la catarata ó los gatillos y elixires para arrancar las muelas sin dolor del que las saca? No, mil veces no; sin estos vocablos (que no siempre se ha de decir palabras) de la Eternal Sabiduría, el mundo fuera presa del pecado, nadie creería en la santa autoridad del patriarca constantinopolitano, y á la mística esposa le faltarían los dientes delanteros, falta que afea la boca más bonita.

LXI

SEGUNDO LIBRO DE LOS REYES

Pues si los reyes que hasta ahora van comen-

tados fueron malos, y tunos, y encanallados, no te digo nada, lector amable, de los que van á desfilár ante tus ojos en este *Segundo libro de los Reyes*. En esta segunda parte, que nunca segundas partes fueron buenas, en Jerusalem y en Samaria, aparece cada rey y alguna reina que ni de encargo para una galería del patio de un presidio.

Abre la marcha el Sr. OZOCÍAS, varón á quien dejé reinando y hallo asomado á las celosías de su palacio de Samaria, desde donde da con su coronado cuerpo en el santo suelo, quedando derrengado y á medio reventar. Acuéstase el pobreillo, y quizá se bizmó con no menos cuidado que Sancho después del apaleamiento de los yan-güeses, que él á la ventera quiso hacer pasar por caída; pero no hallando en la bizma alivio, envió á consultar á los sacerdotes de Baalzebud (lee Belzebú, lector querido, sin permiso del necio que dijo que no escribo con propiedad los nombres bíblicos, porque saldrás ganando tiempo y saliva) si moriría de aquel descalabro.

Mas como Belzebú era Dios de Eccron, pero no de Israel, Elías Thisbita, el famoso Elías que tantas rabieta había hecho pasar á Achab, y *viceversa*, y monopolizaba el cargo de regente de Jehová, Dios de Israel, al ver semejante perre-ría, se puso hecho una furia, y saliendo al camino á los enviados de S. M. I. y D. (léase *su majestad israelita y descalabrada*), les grita:

«¿No hay Dios en Israel, que vosotros vais á consultar á Belzebú, Dios de Eccron? Por lo tanto, así ha dicho Jehová: del lecho en que subiste no descenderás, antes morirás ciertamente.»

Declaro honradamente que toda la razón estaba de parte de Elías, pues era ciertamente vergonzoso, teniendo un Dios en casa, ir á consultar al del vecino. Lo que no encuentro tan natural es que los enviados del rey, desobedeciendo á éste,

que los había mandado expresamente ir á Eccron, oídas las palabras de Elías se volviesen á Samaria, para decirle á Ozochías la poco alhagüña profecía del Thisbita.

Ozochías, en vez de castigar á sus emisarios, la toma contra Elías y manda un capitán con cincuenta hombres para que le prendieran y se le llevaran á su presencia.

Va el capitán á cumplir su encargo con la fuerza, halla á Elías en el Carmelo y le dice: «Varón de Dios, el rey ha dicho que descendas.»

«Si soy varón de Dios—contesta Elías—descienda fuego del cielo y consúmeme con tus cincuenta.»

Muchos mal hablados, antes y después que el velludo y encinturonado profeta, han exclamado: *así te parta un rayo, así te trague la tierra*; mas de nadie se sabe que haya encontrado los rayos y la tierra tan obedientes como Elías halló al *fuego del cielo*, que, descendiendo, consumió al pobre capitán y á sus cincuenta soldados.

No me detengo á pasmarme delante de esta estupenda consumición de hombres, porque gastaría malamente las fuerzas que necesito para admirar que, sin que nadie hubiera podido llevarle la noticia, supiese Ozochías lo que había pasado, y fuera tan monumentalmente tonto que

«Volvió el rey á enviar á él otro capitán de cincuenta con otros cincuenta hombres (textual), y hablóle y dijo: varón de Dios, el rey ha dicho así: descende presto.»

«Y respondió Elías, y dijo: si yo soy varón de Dios, descienda fuego del cielo, y consúmeme con tus cincuenta. Y descendió fuego del cielo que lo consumió á él y á sus cincuenta.»

Por más que van 102 hombres achicharrados por el *fuego del cielo* no me pasmo todavía, porque ¿qué guardaría para cuando Ozochías, tonto elevado al cubo, vuelve á enviar otro tercer capitán con otros cincuenta hombres?

Este tercero, que debía ser cuco por naturaleza, pues viendo las que gastaba Elías, así que llega al Carmelo y ve al profeta, se arrodilla delante de él y le implora compasión para sí y sus infelices soldados, rogándole que se vaya con ellos á ver al rey.

Entonces—sin duda por aquello de que á la tercera va la vencida, ó quizá por que este cuento sería uno de esos de repetición con que se entretendría á los muchachos israelistas—el ángel de Jehová le dice á Elías que vaya con el capitán, y el profeta lo hace, repitiendo á Ozochías que se moriría del porrazo, como, en efecto dice la *Biblia* que se murió.

¡Descanse en paz!

*
* *

Sabemos que Elías había resucitado á un muerto; le acabamos de ver en compensación matar 102 vivos; no ignoramos que multiplicaba el aceite y la harina. Hombre tal no debía morir como un cualquiera, y la *Biblia* consecuente consigo misma, le fabrica un fin de carrera profética cumplidamente milagroso.

Héle aquí:

Elías, que venía á ser una especie de padre prior ó padre general, pues á mí se me ha metido en la cabeza quo oficiaba de fraile solitario, contemplativo ó eremita allá en el monte Carmelo, tenía una especie de vicario, de nombre Eliseo.

Elías y Eliseo aparecen juntos en el capítulo II, procurando aquél desviar á éste y éste empeñado en seguirle, como un cadete enamorado á una modistilla de buenos andares y fácil acceso. Este pasillo miraculoso tiene tres escenas.

1.^a Me voy á Beth-el, dice Elías.

Allá voy yo también, responde Eliseo. No quiero, replica el profeta. Pues como si quisieras, le contesta Eliseo.

2.^a Me voy á Jericó, insiste Elías.

Pues á Jericó voy yo también, contesta Eliseo, y le sigue.

3.^a Viendo que no se le podía echar de encima, Elías dice a Eliseo que se va más allá del del Jordán. También yo, replica el vicario. No te ha de valer, maestro: quiero verte hasta lo último.

Cediendo Elías, van en buen amor y compañía al Jordán, que se parte y queda en seco (milagro de pacotilla) así que Elías le hiere con su mano. Ya en la izquierda orilla, Elías le descubre el pastel de que va á desaparecer, y le dice que pida lo que quiera que por él haga.

Ruégote que las dos partes de tu espíritu sean sobre mí—contesta Eliseo. Elías le dice que cosa difícil ha pedido, pero que ya verá de concedérsela. Lo que á mí me choca es esto de las *dos partes* de un espíritu. ¿Pues no dicen los católicos que el espíritu es indivisible? ¿Cómo es que aquí aparece con partes? Entrego estas palabras á las disquisiciones de los teólogos y digo:

«Y aconteció que yendo ellos hablando (Elías y Eliseo) he aquí un carro de fuego, con caballos de fuego, apartó á los dos: y Elías subió al cielo en un torbellino.»

Carro de fuego... caballos de fuego... ¿cómo podría Elías ir en él sin achicharrarse, tanto más, siendo, como era, muy velludo? Además, allá por las alturas, donde hace tanto frío, ¿cómo se las arreglarían el supradicho Elías y los caballos de fuego para no helarse?

Vamos, aquí sí que me pasmo, que bastante reservado he andado en este artículo. Aquí sí que me pasmo y pido á Dios no se le ocurra nunca á Elías guiar su carro por la parte del cielo que cubra mi cabeza, pues como subió vivo, con su propio cuerpo, si por acaso á este le atacase el *Komabacilo*, no querría hallarme debajo.

LXII

Patidifuso, cariacontecido y dando voces quedóse Eliseo al ver á su maestro montar en *el carro de fuego con caballos de fuego* y lanzarse al cielo azul en busca del paraíso, que ignoro hacia qué parte cae precisamente. Y como Elías, previendo que su manto de poco le había de servir en vehículo tan churruicante, se había dejado éste en el suelo, dando prueba concluyente de su previsora economía, Eliseo cogió aquella lanosa reliquia, y para ver si se le había pegado la gracia milagrera de Elías, *hirió* con el susodicho manto las aguas del Jordán y... en efecto, el río se parte por centésima vez. Pasa el novel profeta el río en seco, y los *hijos de los profetas de Jericó* (¡vaya un oficio el de estos caballeros!) al ver el milagro de la partidura de las aguas, se inclinan ante Eliseo declarándole sucesor directo de Elías en las artes tan antiguas como entretenidas del escamoteo y de la magia.

Eliseo dió gallarda muestra de su habilidad y aprovechamiento en el oficio. Apenas revalidado, á instancias de los vecinos de Jericó, que se le quejan de ser amargas y malsanas las aguas de la ciudad, Eliseo echa una botija nueva (nueva, aquí está el misterio), llena de sal en las fuentes, y en el acto, y hasta el día de hoy, quedan las aguas libres de maleficio, sin que le hayan dado á nadie, que se sepa, ni un apretón de tripas ni siquiera una premonitoria ligera.

Con todo, los chicos, que fueron siempre y en todas partes de la piel del diablo, cuando Eliseo, poco después, subía á Beth-el, le insultaron malamente llamándole, en son de denuedo ¡calvo!, ¡calvo!, lo que me deja presumir que el empin-gorrotado profeta, que tantas cosas sabía, desconocía el *aceite de bellotas* ó el modo de hacerle salir pelo á una calabaza, de que era viva imagen su cabeza. Pero los pelos que en ésta le fal-

taban teníanlos en el corazón, pues herido de la bromita de los muchachos, los maldijo, y á su voz estentórea bajan del monte unos furiosos osos que mataron y despedazaron á cuarenta y dos de los muchachos burlones.

¡Pobres chicos! ¡Pobre *Biblia*!

Dejé á Achab muerto y enterrado. Hallo á JORAM, hijo suyo, sentadito en el trono de Samaria, *haciendo lo malo en los ojos de Jehová*, que debió tenerlos á prueba de cataratas y de conjuntivitis, cuando tantas maldades como en ellos llevan hechas los reyes de Israel no han conseguido estropeárselos. A este Joram no le agradaba pecar á la manera que lo hizo su padre, sino á la manera de Nabat, el que fabricó los becerritos que habían de ser los dioses de su pueblo. Pero dejando á un lado estas pequeñeces, ocupémonos de otras.

Los moabitas venían pagando á Israel un fuerte tributo en ganados; pero cuando Achab cerró el ojo, llamáronse andana. Joram, llevando á mal que le negaran á él las doscientas mil cabezas de ganado lanar que habían pagado á su padre, se preparó á combatirlos, pidiendo auxilio á Josafat, rey de Judá, y á un rey de Idumea que no se nombra, ni falta que hace.

Partieron los tres reyes á campaña, y metiéndose por malos caminos, llegó á faltarles agua. Allí fué el lamentarse de las testas coronas, echando la culpa á Jehová de su torpeza. Josafat, como más piadoso, pide que se consulte á un profeta la manera de salir del apuro, y, cáta-te de nuevo á Eliseo en campaña milagrera.

Van los tres reyes á consultarle, y viendo Eliseo al novillolatra Joram, pónese foso y le increpa duramente; pero rendido á la ortodoxia iconoclasta de Josafat, amánsase y se dispone á profetizar. Hizolo á son de flauta, según se deduce de este versículo.

«Mas ahora traedme un tañedor. Y mientras

»el tañedor tocaba, la mano de Jehová fué sobre
»Eliseo.»

Lo que Jehová dijo de esta musical y flautesca manera, fué cosa de hidráulica trascendental pues se redujo á que se abriesen grandes zanjas en *el desierto*, en que se depositaron unas aguas que vinieron sin saberse de dónde, pero sí por donde, que fué el camino de Idumea.

Los moabitas, cuando al día siguiente lució el

Bermejazo platero de las cumbres
A cuya luz se espulga la canalla,

que llamó al sol el otro, haciendo burla de los culteranos, por cuyos modismos se despepitaba en sus mocedades Cánovas Poeta, viendo tanta agua, donde nunca hubo más que arena, tomáronla por sangre, ó quizá por vino, cuando se trastornaron al punto de imaginarse que los reyes aliados (¡vaya una frasecilla mal empleada!) habían andado á sablazos entre sí, y, lanzándose á rematarlos en tan errada creencia, quedaron deslomados por los de Israel, que asolaron el país con rabia frenética, no dejando títere con cabeza.

Un detalle de esta guerra, tomado del sagrado texto, que pinta de cuerpo entero á vencedores y vencidos, que adorando distintos dioses, eran, sin embargo, igualmente brutos; dicho sea sin mengua de tercero, ni desdoro de las religiones.

«Y (los israelitas) asolaron las ciudades, y en »todas las heredades fértiles echó cada uno su »piedra, y así las llenaron: cegaron también todas las fuentes de las aguas, y derribaron todos los buenos árboles, hasta que en Kir-hareseth dejaron sus piedras, porque los honderos »la cercaron y la hirieron.

»Y cuando el rey de Moab vió que la batalla »lo vencía, tomó consigo setecientos hombres »que sacaban espada, para romper contra el rey »de Idumea; mas no pudieron.

»Entonces arrebató á su primogénito que ha-

»bía de reinar en su lugar, y sacrificólo en holocausto sobre el muro, y hubo grande enojo en »Israel, y retiráronse de él, y volviéronse á su »tierra.»

Aunque obscuro este pasaje, no deja de suministrar luz suficiente para hacer la mamola á cuantos necios pretenden que esta gentuza, sacrificadora de sus primogénitos, ni sus aliados, ni sus vencedores, fueron los continuadores y depositarios de la verdadera religión.

Otro milagrejo de Eliseo, varón, aunque calvo, excelente prestidigitador, por lo que se ve.

Una mujer, *de las mujeres de los hijos de los profetas* (qué gente fué ésta, lo ignoro por completo), andaba *por aquellos tiempos* tan á la cuarta pregunta, que, no teniendo ya ni qué empeñar, ni que vender, y amenazada por su acreedor con llevarse por siervos dos hijos que tenía, fuese á Eliseo, le contó su cuita, y le pidió con grandes extremos la sacase del apuro.

El profeta la pregunta que qué la quedaba en casa.

Una botija de aceite, le responde la viuda, una miserable botijilla de aceite es lo único que me queda en este mundo.

Pues no hay que apurarse, replica Eliseo. Anda y pide á todos tus conocidos vasijas vacías, pero muchas vasijas, echa en todas ellas del aceite de la botijilla, y vete poniéndolas aparte, conforme las llenes.

Hízolo así la viuda, á puerta cerrada, temerosa, quizá, de que la policía se enterase, y mientras hubo vasijas vacías que llenar, la botijilla no dejó de manar aceite, con lo cual, toda refocilada la viuda volvió á Eliseo, que la mandó vender el aceite y pagar religiosamente á los acreedores.

Nadie me podrá negar que esto sea á la vez mucho milagro y mucha pringue.

Otro milagro del susodicho Eliseo.

Había en Sunen una señora (esta señora de Sunen no es la sunamita de los cantares de Salomón), que siempre que Eliseo pasaba por delante de su casa, tomaba á pecho que entrase á ella para tomar un bocadillo. Caló, sin duda, la compasiva dama, que Eliseo era *varón de Dios*, y rogó á su marido que añadiera á la casa un cuartito, donde el calvo pudiera pasar las noches que en Sunen se detuviese en buena y abrigada cama, con su silla y candelero correspondientes. Dió el marido gusto á su mujer, y cierta noche, en aquel cuartito, se durmió el profeta. A la mañana siguiente, nuestro hombre agradecido, por medio de su criado mandó á decir á la sumanita que le pidiese lo que quisiera hiciese por ella. La dama dijo que nada se la ofrecía; pero el criado de Eliseo le sugirió á éste la idea de que, no teniendo hijos esta señora sumanita, lo mejor que por ella podía hacerse era darle uno. Aprobó Eliseo el plan de Giezi (así se llamaba el criado) y mandando llamar á la sunamita la dijo: De aquí á nueve meses tendrás un hijo. No os burleis de mí, señor, replicó la dama, estéril en muchos años de matrimonio.

Mas como Eliseo no se burlaba, á su debido tiempo la señora de Sunen parió un hijo.

Este niño, que de milagro nació, creció como los que nacemos ordinaria y naturalmente. Cuando era mozo, cierto día salió á ver segar, y le dió un tabardillo tan atroz, que enviado por el padre á casa, á las pocas horas se murió sobre las rodillas de la madre.

La afligida señora, al ver tal desastre, suplicó á su marido que enviase á llamar á Eliseo, mas el marido hizose el remolón, pensando á la pata la llana que los muertos no resucitan. Empero, la mujer, sin andarse en paños calientes, enalbardó su burro y se encaminó á buscar á Eliseo, en el Carmelo. Giezi, que la vió venir, avisó á su amo, que le envió á recibirla con ca-

riño, aunque Jehová, dice el texto, le había encubierto el motivo de la visita. En pocas palabras se le explica la dama, y Eliseo manda á Giezi que vaya á donde el difunto y le ponga sobre el rostro su bordón. La madre, no creyendo en la eficacia del palo, sino en la del profeta, se agarra á éste, diciéndole que no le soltará hasta que se vaya con ella á ver á su difunto hijo. Cede Eliseo á las maternales súplicas y acompaña á la sunamita. Giezi, que se le había adelantado para poner el bordón sobre el cadáver del milagroso muchacho, sale á decirle que el mozo estaba muerto del todo, y que el bordón ningún efecto de resurrección había causado.

Eliseo, entonces, entra en la casa; sube al cuarto donde estaba el cadáver, tranca la puerta se acerca á la cama y

«Echóse sobre el niño poniendo su boca sobre la boca de él, y sus ojos sobre sus ojos, y sus manos sobre las manos suyas: así se tendió sobre él, y calentóse la carne del joven. Volviéndose luego, paseóse por la casa á una parte y otra, y después subió y tendióse sobre él, y el joven estornudó siete veces y abrió sus ojos. »Entonces llamó él á Giezi y dijole: llama á esta sunamita y él la llamó, y entrando ella, él le dijo: Toma tu hijo. Y así que ella entró echóse á sus piés é inclinóse á tierra; después tomó á su hijo y salióse.»

Si este milagro no está bien contado, que venga un neo y lo cuente mejor. Pero, por Dios Todopoderoso, que el que esto crea no persiga á los *apóstoles*, porque curan el cólera con cuatro pases largos de mano, uno en cada remo para quitar los calambres y otro en redondo por el vientre para limpiarle de retortijones y diarreas.

Y vaya otro milagrejo cocinresco del señor Eliseo.

Vivía éste en Gilgal, y como había hambre en la tierra, habíansele arrimado una porrillada de

de hijos de los profetas, ni más ni menos que allá, cuando Ruiz Zorrilla consignaba en el presupuesto grandes partidas para el culto y clero, pero no pagaba una peseta, se arrimaban á algún párroco pudiente los curas de misa y olla sin olla y sin misa, pero con el estómago en buen uso.

Giezi, que no se por qué me recuerda al Ciuti de *Don Juan Tenorio*, hacía para los tales hijos de los profetas grandes calderados de potaje. Cierta día, parece que alguien trocó los hierbas componentes y salió una resultante venenosa. Los potajistas, así que cataron la olla, comenzaron á dar grandes alaridos, clamando á Eliseo para que los salvase de la muerte que ya veían próxima. Acude Eliseo, pide un poco de harina, rocía con ella el potaje y éste queda sano y bueno, atracándose de él, que fué una bendición de Dios para sus panzas.

Cierro este capítulo con otro milagro, que no me se ha de quedar en el tintero, para que se persuadan mis lectores á que, en esto de la milagrería, como el rascar, todo es empezar.

Trajo un hombre á Eliseo, como primicias (que estas son tan antiguas como los sacerdotes que de ellas se han cebado), veinte panes de cebada. Mandó Eliseo á Giezi que los repartiese á los potajistas; pero Giezi, lleno de buen sentido, le replica: «¿Como he de poner ésto delante de cien hombres?» Mas Eliseo tornó á decir: «Da á la gente para que coman, porque así ha Jehová» dicho: Comerán y sobraré. Entonces él lo puso delante de ellos; y comieron y sobróles, conforme á la palabra de Jehová.»

Como más tarde nuestro Señor Jesucristo, con cinco panes dió de comer á cinco mil hombres y sobraron todavía muchos canastos, ¡qué canastos voy á admirar que Giezi, por orden de Eliseo, contentase á cien habrientos con veinte panecillos!

¡Que para mayor ignominia eran de *cebada*!

LXIII

Pues si con la resurrección del chico, la partidura del río, la preñez maravillosa de la sunamita, el saneamiento de la calderada de potaje envenenado, la multiplicación del aceite de la botija y de la cebada de los panes, y la evocación de los osos devoradores de los cuarenta y dos muchachos que le llamaron calvo, crees, lector amable, que he agotado el repertorio milagrero de Eliseo, te engañas de medio á medio, que á mi entender es lo mismo que engañarse de entero á entero, pues aún me quedan unos cuantos milagros que contar para tu recreo y satisfacción de la reciente incredulidad. Mira qué bonito es este que sigue:

Tenía el rey de Siria un general, que venía á ser el Martínez Campos de aquella monarquía, quiero decir, el salvador de la patria. Llamábase este portento Naaman. Y, así como el salvador de acá suele rascarse detrás de la oreja cuando se ve en el apuro de hablar correctamente, el salvador de Siria tenía á todas horas que estarse rascando el cuerpo entero, porque el pobrecillo estaba cubierto de lepra ó sarna de los piés á la cabeza.

La lepra, que ahora la cura el menos avisado de los practicantes de un hospital, en tiempos de Eliseo no se rendía sino á las invocaciones y artes sobrenaturales de los profetas y reveladores. Y como una esclava israelita le hablase á Naaman, de los pasmosos dones proféticos de Eliseo, el general, aunque con gran desconfianza de ser curado, después de pedir recomendaciones á su rey para el rey de Israel, se fué á Samaria, acompañado de mucho dinero y opulentos regalos.

La carta del rey de Siria al de Israel no podía ser más espresiva. «Luego, en llegando á tí estas letras, sabe por ellas que yo envío á tí mi

«siervo Naaman, para que le cures de la lepra.» El israelita, así que leyó la misiva de su camarada siriaco, «rasgó sus vestidos y dijo: ¡Soy yo! Dios que mate y dé vida, para que éste envíe á mi á que sane un hombre de su lepra?» Palabras muy bien dichas, á mi modo de ver, así como la interpretación subsiguiente de la carta que toma por un pretexto para armarle camorra.

Afortunadamente, Eliseo, que tantas perrerías había hecho á Joram, así que sabe ahora el apuro en que se ve con el sarnazo del sirio, mandado curar de real orden, suplica que le envíen el general, que él le dejará más limpio que una patena. Fué, en efecto, Naaman á consultar con Eliseo, y éste, por todo medicamento, le ordena zambullirse siete veces, *siete*, en el Jordán. El general leproso, que venía en la creencia de que el profeta, con sólo invocar á Jehová y tocarle, le había de dejar limpio, al oír la patochada de los lavatorios en el Jordán, márchase enojado, llamándose á engaño, y exclamando muy cautamente que, río por río y zambullida por zambullida, en Damasco tenía los ríos Abana y Farfar, algo más caudalosos y cristalinos que el Jordán, en los cuales podía remojarse cuanto en gana le viniere.

Pero los criados de Naaman, discurrendo mejor que su amo, y á la manera que discurren los sostenedores del caballo rojo, coche azul y criado negro de nuestro célebre doctor Garrido, le dicen que siendo cosa tan fácil de hacer la mandada por Eliseo, no debía omitirla, *por si acaso* había en ella encerrado el gato de la divina gracia. Zambúllese, pues, siete veces en el Jordán, sale del río limpio y... agradecido declara que no hay Dios como el Dios Jehová, ni profeta verdadero más que Eliseo, y ofrece un magnífico regalo al curandero. Rehusa éste y se va el general para su tierra, protestando que si de allí en adelante vuelve á entrar en el templo

de Rimmon, el Dios de los sirios, no será por fe, sino por oficio, acompañando á su rey.

Giezi, aquel criado de Eliseo, que he dicho me recuerda al Ciuti del *Tenorio*, así que se fué Naaman, considerando lo tontamente que había obrado su amo rehusando el dinero del sirio, corre tras de éste, le detiene, y le pide un par de talegas (talentos se decía entonces) para una necesidad urgente, sobrevenida á su amo al improviso. Naaman se las da, Giezi las esconde, y se presenta á su amo disimulando la picardihuela que acaba de cometer. Pero Giezi no había contado con que, con un profeta de la recámara de Eliseo, no valían disimulos, y éste, que huele la trastada simoniaca de su criado, le endosa para rascarse la lebra de Naaman, con la cláusula expresa de transmisible por juro de heredad á toda su simiente.

De aquí deduzco, que lepra que no se cure, indica claramente que el paciente ha de ser de la simiente de Giezi, pues la palabra bíblica *siempre*, como divina, no puede fallar.

Lo dijo el judío Eliseo, y punto redondo.

Tan redondo como el cerebro del que se traga estas historias hebraico-bíblico-sarnosas.

Y siguen los milagros.

Los hijos de los profetas, que, por lo que aquí se explica, debían ser una especie de frailucos, hallando estrecho la especie de convento en que con Eliseo habitaban, deciden ir al Jordán y hacerse otro más grande. En honor de la verdad frailuna, ha de decirse que ellos mismos se fabricaron la casa. Cortando uno un árbol, al golpe fuélele el hierro del hacha al río, y el leñador, dando voces de ser el hierro prestado, se dirigió á Eliseo. Este pregunta: ¿dónde cayó el hacha? Muéstranle el lugar, mete en él un palo, y... el hierro nadó, flotó, surgió... y fué cómodamente recogido.

Archibonito encuentro este milagrejo.